

EL PERU RUMBO AL 2000: ¿CON MODERNIZACION E IDENTIDAD FRUSTRADAS?

Dr. Fernando Elgegren Reátegui

El problema

Mientras Helmut Peukert (1994), al analizar las ciencias de la educación de la modernidad y los desafíos del presente, tiene la impresión -desde su perspectiva europea- de que nos hallamos ante el umbral de una época histórica en que todas las anteriores interpretaciones y orientaciones se cuestionan y que, en ese mismo contexto, se desarrolla una "modernización reflexiva" que no es otra cosa que una modernización que se amenaza a sí misma, una modernización autodestructiva, frente a la cual grupos y gobiernos han comenzado a modernizar la modernidad, científicos sociales -desde la perspectiva peruana- han venido insistiendo en sus análisis en que la realidad socio-política del Perú muestra una modernización frustrada. Si fuera así, en el Perú no habría el problema de la experiencia de una modernización que se amenaza a sí misma ni los problemas de la llamada postmodernidad que se alimenta de aquella.

Por otro lado, mientras Helmut Wagner (1994) -también desde su mirada europea- sostiene que el factor nacional ha cobrado nueva vitalidad y dinámica, particularmente visibles en la parte este del continente; mientras los poderosos países desarrollados tienden a reforzar los mecanismos de cooperación e integración cuidando de no poner en peligro los fundamentos de su identidad como nación, científicos sociales -desde la perspectiva peruana- subrayan la idea de que el Perú es una nación en formación; sus análisis dan la impresión de que aquella está puesta al final de un camino inalcanzable y, lo que es más preocupante, sin señales ni rumbos. Si fuera así, en el Perú no habría problema por la identidad nacional. Aparentemente la identidad peruana es también una identidad frustrada, es decir, en breves palabras, se nos ha privado de lo deseado: ser una sociedad moderna y peruana.

En el presente estudio, luego de una breve mirada a la razón y la modernidad en

general y en América Latina, nuestro interés se centra en la ventana de la modernidad e identidad peruana, a fin de comprender los alcances de los análisis más recientes de los científicos sociales y precisar algunas ideas para nuestra lectura de la realidad educativa nacional.

Razón y modernidad

Harvey Cox (1984) identifica cinco (5) pilares de la modernidad:

1. Estados nacionales soberanos.
2. Tecnología científica como fuente de idear la vida.
3. Racionalismo burocrático.
4. Máximo beneficio, como medio de motivar el trabajo y distribuir bienes y servicios.
5. Secularización y trivialización de la religión.

A nuestro modo de ver estos pilares están cimentados en la base fecunda de la razón que se piensa a sí misma y se autodefine como sujeto-libre. Esos pilares son consecuencia de la idea básica del padre del pensamiento moderno: Descartes. Este nos vendió la idea del universalismo de la razón. Los filósofos y científicos posteriores encontraron en él su identidad como cultivadores de esa razón, mientras que para los capitalistas fue su fuente de

inspiración.

La diosa razón alentó el proyecto de la nueva religión -la ciencia positivista- proclamada por el padre de la Sociología: Augusto Comte, quien sostiene que las ideas son el motor del progreso; las ideas positivas son las bases de una sociedad moderna, industrial, científica, positiva, universal en la que priman los sentimientos de benevolencia por encima del cariño y la veneración que corresponden a etapas pre-positivas.

El universalismo de la razón científica y filosófica se ha vestido del ropaje de humanidad para declararse como el auténtico humanismo, en el que las sociedades específicas y las particularidades culturales son rezagos folklóricos y curiosidades para cierto tipo de ciencias. De alguna manera, en los predios de las sociedades más industrializadas y en la mente de algunos profesionales de la filosofía y de la ciencia, campea la imagen spenceriana de la marcha inexorable de la humanidad hacia el progreso total: la racionalidad hecha eficiencia absoluta, calidad total. Quien no se pone a tono, al ritmo y nivel del liderazgo tecnológico, desaparecerá. Es la ley de la evolución orgánica, es la ley de la modernización. En esta perspectiva habría que estar de acuerdo con el ya citado Helmut Wagner cuando precisa que el pensamiento racionalista es su propia lógica igualitaria y antinacional, mientras que la esencia de la

realidad política y cultural es, por el contrario, pluralista y múltiple.

La perspectiva latinoamericana

América Latina ha mantenido a lo largo de su historia los ideales de justicia, libertad, unión y modernidad. Más aún, en pleno siglo XX, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes soñaron que el hombre latinoamericano sería el hombre universal, creador de una cultura superior. Lejos de esta utopía, a nivel de América Latina ha prevalecido la tendencia prefigurada por José Martí de reivindicar lo americano como una realidad específica. Las teorías de la dependencia de los años 60 contribuyeron a afinar la percepción de que la causa del subdesarrollo debía atribuirse a la política de penetración y dominación ejercida por las naciones metropolitanas, que no son otras que las industrializadas, las mismas que a su vez configuran el marco de referencia y fuente de la filosofía y ciencia de occidente.

América Latina convive hoy, por un lado, con sus francos planteamientos en los foros mundiales -tal vez menos que ayer- para el establecimiento de un nuevo orden económico internacional -NOEI- y, por otro lado, con la aceptación indiscriminada de los parámetros tecnológicos y económicos que provienen precisamente de las naciones industrializadas.

Con frecuencia se enar-

bola, especialmente en los recambios presidenciales, el ideal bolivariano de una sola nación americana. Ilustres filósofos como Leopoldo Zea no dejan de pensar en el largo viaje de América Latina hacia sí misma. Augusto Salazar Bondy creía en la posibilidad de una filosofía hispanoamericana auténtica en medio de la inautenticidad que la rodea, siempre y cuando se constituya en conciencia lúcida, capaz de mirar adecuadamente su pasado para proyectarse de modo auténtico y original.

El Perú en el umbral del siglo XXI: ¿modernización e identidad frustradas?

En los últimos treinta (30) años en el Perú se ha producido una muy variada y amplia investigación sobre nuestro pasado histórico. Desde una perspectiva política se ha reforzado la idea que el poder político en el Perú ha sido incapaz de constituirse en fuerza social con autonomía para organizar el Estado de manera estable y soberana. Cotler (1985) llega a decir que "a lo largo de 150 años de vida republicana el Perú no ha logrado consolidar un Estado-Nación". Sinesio López (1979) afirma con énfasis que el Perú es una nación en formación. Alberto Flores Galindo (1988), llegó a intuir que la identidad nacional se ha ido construyendo precisamente en ese enfrentamiento permanente entre Estado y sociedad. Para Marzal (1989), en el tema de la identidad es más fácil hacer preguntas que dar respuestas; en todo caso,

sostiene que el Perú de hoy es el producto de su historia y de las opciones que el Perú tomó en sus momentos críticos. Tanto la dominación española que llevó a un mestizaje biológico y cultural, cuya expresión más clara es el catolicismo popular, como la opción por la república igualitaria y mestiza de los libertadores, son "hechos fundantes de nuestra identidad". "Somos un país mestizo -afirma Marzal- y, si queremos asegurar nuestra salud psicológica colectiva debemos reconocer nuestras dos grandes raíces culturales, como lo hizo el Inca Garcilaso".

Alberto Adrianzén y Félix Jiménez (1990), entre otros, sostienen que el Perú como Estado moderno nace en la llamada "República Aristocrática" (1895-1910). Dicho Estado, "Estado-alcalde" o "Leviatán apedreado", a decir de Juan Abugattas (1990), es el que dirige desde arriba la modernización, la misma que se expresa como "imitación" y la modernidad como "el advenimiento de lo extranjero".

Pensamos que el Estado peruano, a pesar de los intentos de transformación de un Estado protector y benefactor a un Estado interventor y productor económico durante la experiencia velasquista, además de las decisiones políticas más próximas para configurarlo al estilo del modelo de la modernidad liberal no interventora, sigue siendo estructuralmente un Estado oligárquico, autoritario, centralista e inestable jurídicamente. Un

nuevo gobierno en el Perú significa también la creación y recreación de nuevas instituciones, nuevas organizaciones, nuevos marcos jurídicos, nuevas inseguridades políticas, económicas y sociales. Lo único estable es siempre la misma justificación desde las esferas del poder: la modernización del Estado.

La presencia masiva de los sectores populares en los procesos electorales se ha asumido como modernización, tanto que los candidatos políticos, con partido o independientes, lo toman seriamente para obtener votos, utilizando precisamente los medios de comunicación e influenciamiento más modernos. Sin embargo, la participación popular en los diferentes niveles de gobierno es prácticamente inexistente.

Sostenemos que en el Perú no se cultiva la democracia como forma de vida en la familia, en la escuela, en los centros de trabajo, en las calles. Más aún, pareciera ser que el hecho de pertenecer a un Estado centralista y mantenerse marcadamente relaciones de dominación y autoritarismo en diversos aspectos de la vida social, nos alivian de la pesada carga de tener que tomar decisiones para sobrevivir como personas.

Sinesio López (1991 y 1992), como analista político acucioso y diligente, sugiere la idea que la modernización en el Perú es una "modernización frustrada", fundamentalmente por el divorcio entre

el Estado y sociedad; a su juicio, el Estado peruano es, en definitiva, un "Dios Mortal". Si por frustrar se entiende privar a uno de lo que deseaba, es claro que no se puede negar que en el Perú está vigente la modernización, incluso en el campo político; por tanto, la llamada "modernización frustrada" constituye un contradictorio. Pero si por frustrar se entiende dejar sin efecto un intento, podría resultar comprensible la "modernización frustrada" en tanto y en cuanto hubiere resultado claro por ejemplo los objetivos políticos nacionales. Pero nadie puede negar que los objetivos nacionales constituyen hasta ahora buenos deseos de algunos grupos académicos, militares y políticos. Los gobiernos de turno, por su parte, no dejarán de reconocer que sus intereses de modernización se han cumplido. Nadie, por tanto, puede sentirse frustrado por lo que no ha intentado como tampoco nadie puede llamarse frustrado si sus beneficios en el ejercicio del poder han sido los esperados.

Compartimos la idea que como peruanos tenemos una identidad nacional centrada en una tradición histórica, en la riqueza cultural, en su mestizaje, en sus santos, en sus hombres y mujeres que defendieron la integridad de su suelo, en la variedad de sus regiones, en sus contrastes sociales, en el desempleo y la pobreza extrema. En fin, existen muchos elementos más propios de la identidad nacional

peruana. Decir que somos una nación en formación es desarraigarnos de nuestras propias raíces en pro de un academicismo insustancial, porque entonces no hemos llegado a ser lo que somos y que siempre esperamos ser lo que en definitiva no sabemos qué debemos ser. En el contexto de lo que venimos sosteniendo en el Perú y sus habitantes son modernos, mayormente jóvenes, desempleados y pobres. Esta es la realidad de nuestra identidad y de nuestra modernización. Si la modernización es el camino para resolver los problemas urgentes de desempleo masivo y pobreza crítica es indudable que la modernización ha resultado hasta hoy más bien frustrante de una manera distinta al sentimiento de Peukert que indicamos al iniciar este artículo. Para Peukert y el mundo desarrollado, la modernización necesita ser modernizada porque, como lo precisara Heidegger, la modernización se olvidó del ser. En todo caso, como lo expresara nuestro Luis León Herrera (1995), el dios de la ideología moderna, el progreso ha traído un superdesarrollo en lo industrial pero un subdesarrollo en lo normal.

En una perspectiva económica y social, nos inclinamos a pensar que en el Perú la creciente modernización, si bien no ha significado el superdesarrollo industrial, ha introducido el progreso que ha venido aparejada con una mayor desigualdad social.

¿Cómo no entenderlo de

otro modo si constatamos que en el Perú moderno, en el Perú de hoy, la pobreza es masiva y afecta alrededor del 60% de sus habitantes? Irónicamente, la modernidad tecnológica y cibernética sirve para computarizar nuestras miserias, carencias, necesidades y abandonos.

Para revertir a tiempo este proceso de administrar nuestra pobreza con la eficiencia de la tecnología de punta, debemos insistir en conocer y contrastar nuestras necesidades y posibilidades reales. La necesidad no está en pasar del cuchillo de palo al cuchillo eléctrico cuando masivamente la desnutrición es grave o no hay que comer o se come mal.

Se impone la tarea ineludible de una educación que insista en un conocimiento más real que libresco, más integrado que parcelado, más crítico que memorístico, más cualitativo que cuantitativo, más abierto que cerrado, más permanente que coyuntural, de la realidad peruana pasada y presente. "La realidad nacional no sentida ni conocida debe ser hoy la preocupación más intensa. Orientar los espíritus hacia ella es producir espontáneamente una tendencia de unificación y de armonía", así exhortaba Víctor A. Belaúnde en el pasado que suena a presente.

En esta tarea una auténtica universidad juega un papel crucial; como el mismo Víctor A. Belaúnde lo precisaba, la función vital de la universidad es crear el alma

nacional; mirando el pasado debe mirar a lo porvenir, debe señalar los rumbos nacionales. A nuestro entender la Universidad debe desarrollar ciencia pero también debe formar conciencia y proyectar alternativas que la enraícen verdaderamente en las necesidades del pueblo. De otro modo, la universidad puede llegar a ser moderna, científica y prestigiosa académicamente, pero vacua, sin sentido y fuera de contexto de la sociedad en donde se asienta.

La tarea educativa de la universidad exige una mirada permanente hacia aquellos peruanos que han incidido en la necesidad de una modernización con sentido crítico, vale decir, de desarrollar la capacidad de una nación para reflexionar sobre sí misma, de determinar sus demandas reales y actualizar sus posibilidades.

La mirada sobre nuestros pensadores puede ayudarnos a entender nuestra realidad nacional a fin de lograr una capacidad de reaccionar frente a los problemas que se nos planteen. Es necesario seguir trabajando desde la universidad para cultivar un estado de integración interna lúcida que posibilite alguna vez la adhesión a un Proyecto Nacional de largo alcance pero a nuestra medida.

Aprendiendo las propuestas

De las fuentes de nuestra identidad de peruanidad extraer algunos ejemplos para ser modernos según la reali-

dad peruana.

De muy diversas maneras y en diferentes tonos las investigaciones socio-políticas y antropológicas en el Perú han venido llamando la atención sobre la brecha entre Estado y sociedad. Esto significa básicamente que la población a través de sus instituciones representativas no tienen un acceso real y sostenido en los diferentes niveles de las decisiones de gobierno. La construcción de un Estado democrático y participativo, señala Sinesio López (1991), exige también crear mecanismos de transparencia en la toma de decisiones así como establecer un ágil sistema de informaciones y de comunicación entre la sociedad y el Estado. De la misma manera -agrega- "es necesario impulsar una cultura de responsabilidad social, de servicio, de solidaridad y de honradez en el manejo de los asuntos públicos y del Estado". Nosotros añadiríamos que ese impulso debe darse también en la familia, en la escuela, en el barrio, en el trabajo, en la vida cotidiana de cada peruano.

Alejandro O. Deustua, en la misma línea axiológica en "La cultura nacional" invita a educar en el sentido de crear la conciencia moral coordinando los sentimientos que lo verdadero y lo bello, lo divino y lo bueno engendran en el alma, como formas universales de lo individual, como ideales a los que aspira la realidad vivida".

Jorge Basadre debe permanecer siempre actual ante nuestra mirada para recordar que hay que escapar -como él decía- del peligro de hacer del Perú una chacra por obra de peruanos que han prostituido y prostituyen palabras, conceptos, hechos e instituciones al servicio exclusivo de sus medros, de sus granjerías. Que el Perú no se vuelva un páramo por obra de los congelados que se han encerrado dentro de ellos. Que el Perú no se convierta en una fogata por obra de los incendiados que se han quemado sin iluminar y se agitan sin construir. La clave del futuro -afirma Basadre- está en evitar estos peligros. Que el Perú no se pierda por la obra de podridos, congelados e incendiados, pero también -reclama Basadre- que el Perú no se pierda "por la inacción de los peruanos".

Casi al final del siglo XX conviene recordar lo que decía Javier Prado al inicio del mismo: "Un pueblo vale más por su educación, y la misión más intensa de su Estado es esencialmente educadora". ("El problema de la enseñanza"). Prado propone una educación moralizadora basada en la industria y el trabajo. Asimismo afirma que "... las dos orientaciones de la enseñanza, la instructiva técnica de aplicación profesional, y la educativa moral y desinteresada, no deben oponerse, ni excluirse, sino unirse, adherirse íntegramente dentro de un concepto verdaderamente real y humano".

Conclusiones

1. Podríamos dar la razón a Helmut Peukert afirmando que probablemente se vive en el mundo la impresión de una modernización reflexiva. Lo que tenemos que puntualizar es que ésta no es necesariamente idéntica en todas partes. Nuestra modernización reflexiva en el sentido que le da Peukert no es en el contexto de la sociedad opulenta, desarrollada, industrial, que cuestiona su modernización para, paradójicamente, no dejar de ser moderna. Los maestros de la "calidad total" y la "rein-geniería", que vienen de las canteras de las grandes empresas más rentables, son los mentores de la nueva modernización.

Nuestra modernización es también reflexiva en el sentido de Peukert pero el contexto y los objetivos son totalmente diferentes porque ésta se da en un medio de necesidades materiales urgentes, cuyas manifestaciones más visibles son la falta de empleo y la pobreza. Vista nuestra modernización comparativamente con la de sociedades industrializadas podría decirse que la nuestra ha sido una modernización frustrada; pero vista a la luz de nuestra propia experiencia histórica, nuestra modernización viene resultando frustrante

por su incapacidad de por lo menos señalar caminos claros para afrontar los problemas prioritarios que van de la mano con la pobreza extrema.

2. A través de la educación convendrá reforzar la conciencia y el sentimiento de pertenencia a una patria con historia cívica, moral y espiritual que le dan el sentido a su identidad nacional.

Tenemos que ser un pueblo que cultive la ciencia y desarrolle la tecnología que le sea necesaria y conveniente pero sin dejar de ser peruanos con todos sus defectos, así como también con todas sus virtudes. El mensaje es construir una modernización con autorreflexión responsable, solidaria. La pobreza material de muchos peruanos, aunado a la confianza de sabernos dueños de una riqueza cultural y espiritual, debe alentar la tarea de todo maestro de ser cultivador de pensamiento crítico.

BIBLIOGRAFIA

- ARIAS QUINCOT, César. La modernización autoritaria. Lima: Fundación F. Ebert. 1994.
- ADRIANZEN, Alberto; JIMENEZ, Félix y otros. Estado y sociedad: relaciones peligrosas. Lima: DESCO. 1990.

- BELAUNDE, Víctor Andrés. Meditaciones peruanas. Lima: Edit. P. Villanueva. 1963.
- COTLER, Julio. Clases, estado y nación en el Perú. Lima: IEP. 1985.
- COX, Harvey. La religión en la ciudad secular. Hacia una teología post-moderna. España: Edit. Sal Terrae. 1984.
- ELGEGREN, Fernando. Educación y realidad nacional. Lima: UNIFE. Módulos I-IV. 1989.
- FLORES GALINDO, Alberto. Tiempo de plagas. Lima: El Caballo Rojo. 1988.
- GUERRA-GARCIA, Roger. Diálogo sobre la Universidad Peruana. Lima: UPCH. Asamblea Nacional de Rectores. 1994.
- LEON HERRERA, Luis. "El progreso". Diario El Comercio del 20.06.95.
- LOPEZ, Sinesio. De imperio a nacionalidades oprimidas en: Aranibar C. y otros: Nueva Historia General del Perú. Lima: Mosca Azul. 1979.
- LOPEZ, Sinesio. El dios mortal. Estado, sociedad y política en el Perú del siglo XXI. Lima: IDS. 1991.
- LOPEZ, Sinesio. Perú: una modernización frustrada. En: Abugattas, J. y otros. Dese el límite. Perú en el umbral de una nueva época. 1992.
- MARZAL, Manuel S. J. "Identidad cultural e identidad nacional". En: Semana Social del Perú. Lima: Conferencia Episcopal Peruana. 1989.
- PEUKER, Helmut. "Las ciencias de la educación de la modernidad y los desafíos del presente". En: Educación. Vol. 49/50, Inst. de Colaborac. Alemania: Colabor. Científica. 1994.
- SALAZAR BONDY, Augusto. Historia de las ideas en el Perú contemporáneo. Tomos I, II. Lima: Moncloa Edit. 1967.
- WAGNER, Helmut. "Patriotismo constitucional como nacionalismo negativo". En: Diálogo Científico. Vol. 3, Nº 1. Alemania: Colabor. Científ. Tubingen. 1994.